



# LAS

Al público conque  
masa que ponga e  
En condiciones no  
tradicionales que

Desde los últimos instantes de la noche del Jueves Santo al mediodía siguiente, Cuenca es para unos el ámbito estremecido de un tam-tam salvaje e iconoclasta, para otros, el desbordamiento brutal de unos grupos alcoholizados e inconscientes; también hay para quien la madrugada del Viernes Santo, el rancio pellejo de preparación fadiga pura costumbre de la tierra en que se ha hecho; hay quien piensa de una atracción turística, desvirtuando, tal vez, los valores más positivos que se den cita en el hecho, e incluso hay quien se exalta, quien vibra, quien curiose sea en torno al ritmo bronco de más de un centenar de tambores y el hiriente tono de un clarín desafinado y El fenómeno poético requiere ser escrito y éste es indudablemente también, a pesar de muchas opiniones, un hecho estremecedor por sus dimensiones. La proximidad a él en el tiempo y el modo de desenvolverse de los últimos años, hace preciso que los conqueses opinemos sobre «LAS TURBAS».

A tal fin, DIARIO DE CUENCA invitó a coloquio a los señores: don Luis Benítez, concejal primer teniente de alcalde del Ayuntamiento, encargado de la Comisión de Fiestas, y don Narciso Díaz Recuero, concejal igualmente del Ayuntamiento conqense, quienes manifestaron la imposibilidad de su asistencia por ser incompatible con una reunión municipal; don Francisco Bermejo, presidente de la Junta de Cofradías, ausente de la capital el día de la celebración del coloquio; don Aurelio Cabañas, vicepresidente de la Junta de Cofradías, quien no creyó oportuna su asistencia al mismo, como don Arturo Torriol, industrial de Cuenca y miembro de las Turbas. Si asistieron don Julián Saiz, cura párroco de El Salvador; don Fortunato Martínez Patiño, delegado provincial de Auxilio Social; don Nicolás M. Sahuquillo, pinca; don Manuel Saiz, industrial, miembro de la Junta de Cofradías, y don Fidel Cardete, director de la Casa de Cultura, con cuya intervención el coloquio se desarrolló según da muestra nuestro resumen:



ra, porque si mal no recuerdo, en el año 1923, don Juan Jiménez Cano, al referirse al estallido final de las turbas decía en una guía que debiera haberse editado para el Museo Municipal de Arte: «El Viernes Santo, entre la alegría de las libaciones y el sol jocundo de la primavera terminaba en un delirio que rompía con la festividad litúrgica del día». Pero, el espectáculo final de los años sesenta y nueve y setenta creo que no ha sido registrado en otro momento y puede ver como muchos conqueses se retiraban llorando incapaces de aguantar los hechos.

NICOLAS M. SAHUQUILLO. — ¿Se manifiesta un momento religioso por la presencia de un sacerdote tras los pasos? En ese caso ¿por qué no se manifiesta cuando un hombre toca una trompeta al aparecer Jesús?

F. M.—Pero nadie puede garantizar que la mayoría de los hombres que integran las turbas vayan impulsados por sentimientos religiosos y voy a referir algo que me dijo el que hacía de clarinetero mayor: aquel famoso año setenta: «No se enfade conmigo, porque los que somos viejos en las turbas no volvemos a salir. No podemos sujetar ya a tanto niño ni hijo de

LUIS CALVO.—Creo que hablar de las Turbas es definir un poco nuestra Semana Santa y en consecuencia pienso que lo que realmente tenemos que saber es lo que pretendemos que sea para conocer lo que hemos de perseguir, pero partiendo de nuestra pretensión más sincera. Si la Junta de Cofradías es el órgano rector de todas estas manifestaciones, a ella corresponderá definir concisamente el marco en el que se han de desenvolver. Lo que no debe hacerse es dar bandazos como a mi parecer se han venido dando.

FIDEL CARDETE.—Me parece que se trata, sencillamente, de dialogar sobre las turbas y exponer unas opiniones particulares sin que, en principio, sea competencia nuestra establecer líneas de acción, sino a nuestro nivel personal.

FORTUNATO MARTINEZ.—Discrepo en cuanto a que lo que pretendemos de las turbas sea aquello que pretendemos de Semana Santa. Y también a que corresponda a la Junta de Cofradías decidir por qué cauces ha de manifestarse nuestra Semana Santa, obligación, que a mi parecer, corresponde a la Iglesia Jerárquica, para lo cual hay que dejar bien claro que Semana Santa y Culto procesional son dos cosas distintas. El papel de estas procesiones es, entonces, una introducción, un estímulo para la incorporación a la Liturgia católica. Fuera de esto, no creo que tenga contenido

ni misión, mucho menos en cuanto la dificulte.

L. C.—Efectivamente, pero considero que al decir Junta de Cofradías se ha tenido en cuenta que su presidente ha sido nombrado por el prelado de la diócesis, con lo que en definitiva creo que se ha asignado a la Iglesia, a través de la Junta de Cofradías, el papel rector.

JULIAN SAIZ.—A mi ver, gran parte del público conqense identifica Semana Santa con «Turbas» por lo que parece hacerse necesario desglosar ambas ideas llevando cada una a su campo para hacer un análisis minucioso, objetivo, sin pasión, considerando una serie de problemas, tales como liturgia, religiosidad de un pueblo, tipismos, y partiendo de ahí llegaríamos a las turbas como una anécdota de la Semana Santa, pero nunca como algo que la tipifique.

L. C.—Preguntémosnos cuál es el origen del interés que las turbas han despertado.

F. M.—Yo diría que la Semana Santa ha sido objeto de una explotación literaria errónea: se ha abundado muchísimo en el tipismo de las turbas y se ha exagerado al afirmar que la gran masa conqense identifica «turbas» y Semana Santa, siendo a mi parecer más correcto que esta identificación proceda de quienes no visitan por aquellos días. Se trata de un tipismo extravagante y a veces totalmente incivil, y esto no es de aho-



LUIS CALVO: «Creo que hablar de las Turbas es definir un poco nuestra Semana Santa».

# S TURBAS,

ense repugna todo tipo de exceso cometido al amparo de la  
en evidencia el sentir religioso, humano y cultural de Cuenca

normales, las Turbas reúnen valores dramatizantes, estéticos y  
oportan un servicio estimable a la Semana Santa conquense

papá» sin vinculación con Cuenca, a no ser que estrellemos a uno un tambor en la cabeza, y nadie quiere crearse complicaciones.» Pero es más, yo niego que las turbas sean un elemento medular de la Semana Santa conquense, como lo demuestra la historia en aquellos años en que la lluvia ha impedido la salida de la procesión de las seis de la mañana. ¿Se ha tambaleado por ello alguna esquina del prestigio de la Semana Santa de Cuenca? Creo que no.

J. S.—Creo que el público conquense identifica turbas y semana Santa por muy diversos motivos: unos, porque padecen este fenómeno y otros

sensibilidad, es más, personas de frecuente vida sacramental, ese día pierden el juicio. Cabe entonces pensar si efectivamente este fenómeno que ha tipificado nuestra Semana Santa hacia el exterior ha de conservarse o se ha de pensar en una Semana con abstracción de lo que de fuera se pida. Si tenemos en cuenta que estas manifestaciones procesionales surgieron en momentos de la Reforma, pudiera ser que nuestros desfiles procesionales tuvieran un valor de gran catequesis bíblica, más aún cuando he tenido ocasión de apreciar en el pueblo humilde dos fenómenos religiosos: Semana Santa y Culto a los difuntos.

la procesión de las seis del Viernes Santo.

F. M.—Al jerarquizar los valores de degradación de la Semana Santa creo que lo peor, no es, sin embargo, el desfleque de las turbas que deben estar marginadas de la procesión debiendo preceder a la cruz alzada, pero que incomprensiblemente han penetrado en el ámbito procesional...

M. S.—Creo que todos los males arrancan de aquellos primeros que se atrevieron a mostrar las botellas sujetas a un cordón, como si se tratara de cuentas del Rosario.

J. S. — Si es importante denunciar las causas de los males, ha

## INTERVIENEN:

**D. Julián Sáiz**

Cura párroco de El Salvador

**D. Luis Calvo**

Lector de Radio Peninsular de Cuenca

**D. Manuel Sáiz**

Industrial.-Miembro de la Junta de Cofradías

**D. Nicolás M. Sahuquillo**

Pintor

**D. Fortunato Martínez Patiño**

Delegado provincial de Auxilio Social

**D. Fidel Cardete**

Director de la Casa de Cultura

Lugar: *Casa de Cultura*

(Fotos Vos Saus)

Realiza: **Juan de H.**

porque lo gozan y si hacemos un balance esquemático, creo que una de las palabras que la vienen a definir es precisamente el problema «turbas». Como es éste el motivo del coloquio creo que debiéramos desglosarlo de la Semana Santa.

F. M.—Refiriéndonos concretamente al hecho «turbas», creo que bajo este doble punto de vista, quienes las padecen, quisieran depurarlas y quienes las gozan se han desprovisto de toda

F. C.—Pero no cabe pensar sólo en el ángulo espiritual. Hay otros valores, tales como la tradición, que opino se han de conservar.

N. S.—Vamos a tener en cuenta también que la Semana Santa es un acto poético emocionante.

MANUEL SÁIZ.—Acto poético constituye también la procesión del Santo Entierro, no ajeno de religiosidad, y creo que más emocionante del que tal como están las cosas pueda suponer

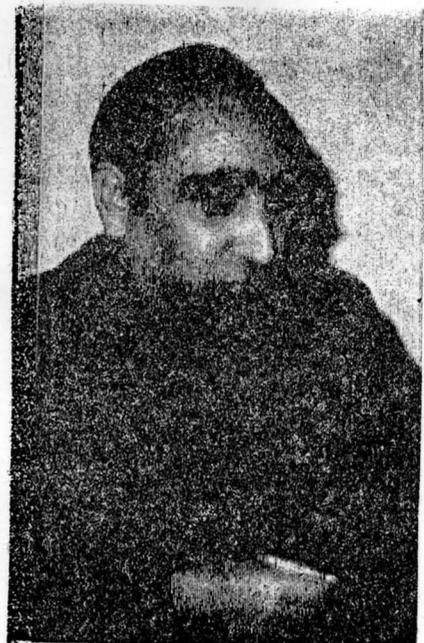
de tratarse también de las medidas que se podrían tomar para evitar en primer lugar que vayamos a peor y después para mejorar el orden en atención a esos valores tradicionales que antes se han señalado, a unos indudables valores humanos, a los poéticos, y fundamentalmente a los religiosos, y hemos de reconocer —hablo ahora como párroco de Cuenca— se han conseguido algunos avances. Hay cultos, orden en las iglesias y un pro-



FIDEL CARDETE: «Hay otros valores que creo se han de conservar».



FORTUNATO MARTÍNEZ PATIÑO: «Nuestra Semana Santa ha sido objeto de una explotación literaria errónea».



JULIAN SÁIZ: «El problema podría resolverse mentalizando al pueblo en torno a la Semana Santa».

# Semana Santa 1973

# EN LA PICOTA



pósito de muchos colaboradores de impedir que ocurran desmanes parecidos a los de la recogida de la procesión del Viernes. Problemas que son puertas a fuera de la iglesia y por tanto escapan de mi competencia. Creo, más bien, que son problemas de orden público. ¿Hemos de mantenerlas? ¿Son tan perniciosas que merecen su desaparición?

F. C.—Creo que se deben conservar siempre que haya un medio posible de garantizar el orden, sobre todo en ciertos momentos, como la entrada en la Plaza Mayor y la recogida en El Salvador.

M. S.—Pero tenemos antecedentes en las turbas de perturbación del orden público y me consta que un año el representante de la Junta de Cofradías que iba presidiendo la procesión tuvo que golpear a algún miembro de las mismas. En alguna ocasión los agentes del orden público han venido a quejarse de que determinados «señoritos» habían llegado —amparándose con la masa— a darles con los palillos en la cara.

J. S.—Como conquense me siento avergonzado en mis criterios estéticos cuando observo espectáculos como los que he tenido la mala suerte de presenciar y lo peor es que estas escenas han trascendido por medio de la televisión a países como Francia y

Holanda. Creo que quien pretenda un carnaval conquense para el turismo ha de buscar otras fechas, debiendo ponerse los medios necesarios para que la noche del Jueves al Viernes Santo no sea la más amarga del año.

M. S.—Mal vamos a tratar de corregir el pasado cuando tenemos información de que todos esos miembros incorporados a las turbas están preparando un local para esa noche.

L. C.—Creo que las turbas son así desde hace tiempo —prescindiendo de ciertos desbordamientos, que todos condenamos— y que si ocurre tal cosa es porque nos las entregaron así. No cabe, a mi manera de ver, reducir el hecho «turbas» a quince señores, uniformados y ordenados que sueltan periódicamente un pitazo. Se hace precisa una dosis de libertad para quienes deciden salir, y creo que no hay razón para prohibir que salgan dos o tres mil señores, del mismo modo que creo que se hace necesaria, en evitación de males, la vigilancia de las fuerzas de orden público que controlarían el comportamiento de los participantes.

F. M.—Esto se ha intentado ya. Dos mil señores son incontrolables, y ni siquiera son precisos tantos. Vale con trescientos, según me demuestra la experiencia. Se ha pretendido controlar el número de miembros y reducir-

lo a cuarenta o cincuenta, pero tras poner los medios oportunos, observamos con sorpresa que habían salido cerca de trescientos, lo que ponía en claro que habíamos sido traicionados por uno de los miembros rectores. Pero, es más, se había previsto desviar las turbas en la parte final del trayecto y la fuerza pública fue incapaz de contener una masa de drogados y ebrios que cargaban contra ella. Creo pues necesario como primera medida para su control, la reducción del número de miembros. No se conseguirá nada si tanto la autoridad civil como la eclesiástica en sus respectivas competencias, no se sienten responsables de los hechos y en este sentido creo que si han habido inhibiciones, han partido de la autoridad eclesiástica.

L. C.—Una solución podría ser impedir a quien no sea conquense su participación.

F. C.—¡Si lo que se está haciendo ahora es invitarles!

F. M.—Sin pretender señalar a escala personal creo que la conducta del clero en este sentido ha sido poco resolutive. Se ha limitado a inhibirse o a soportar los acontecimientos.

J. S.—Creo que la cuestión se resolvería mentalizando al pueblo en torno a la Semana Santa. No soy enemigo de las turbas multitudinarias, pero creo que es utópico pretender la mentalización mientras se les ponga a su alcance la famosa frasecilla «Ay, que le da, que le da...» solamente. La televisión nos ha ofrecido espectáculos de pueblos enteros protagonizando lo que la Semana Mayor significa. Es cuestión, pues, de fijarse en la superior cultura de ese pueblo y captar sus valores.

F. M.—Se vienen organizando desde hace tiempo ejercicios espirituales con el solo motivo de preparar el pueblo para esos días. La Junta de Cofradías ha preparado para los cofrades de las distintas hermandades estos cursillos y el resultado era desesperanzador: la iglesia vacía. Pero, además, lo lamentable del caso es que los miembros más escandalosos, son generalmente universitarios, con lo que creo está descartado el problema de la culturización.

J. S.—Sigo pensando que es problema de cultura y si en este caso se da tan elevado porcentaje de gente de estudios entre los tumultuosos, es porque hay fuerzas extrañas intentando mixtificar a su modo la Semana Santa.

F. M.—Se impone —si pretendemos mejorar lo que los hechos han demostrado— una limitación inexorable del

número de miembros. Prever una sanción para quienes perturban el orden, exigir la credencial a quienes intentan incorporarse al desfile y evitar antes de la procesión que quienes no estén en uso de sus facultades mentales puedan integrarse.

F. C.—Pero existe un precedente: La Hermandad que preside la procesión en la persona de su hermano mayor tiene por costumbre invitar a sus miembros, especialmente a los integrantes de las turbas, para ponerlo «en trance».

F. M.—No, si para tener fuerza de exhalación y poder soplar el clarín me imagino que habrá que ir «puerto».

M. S.—Creo que lo que ocurre hoy es una degeneración del punto de partida. Antes, se levantaban a las cuatro de la mañana e iban despertando a los hermanos mayores de las distintas hermandades que componían el desfile procesional. Estos correspondían invitando a los turbos a tomar la típica copa de resolí con la correspondiente punta de alajú y aquello podía verse. Yo recuerdo que entonces me levantaba para verlos.

L. C.—¿Y no es posible que la solución de las turbas que pueden prestar un servicio muy estimable sea la creación de una hermandad de turbos solamente?

J. S.—Creo que nunca la procesión puede quedar en segundo lugar.

F. M.—No se puede minimizar el sentido de la hermandad. Es lamentable que mientras las turbas sacan cerca de los trescientos miembros, la Hermandad que preside la procesión saque más de veinte miembros en fila.

L. C.—¿Y no puede ser esa la evolución lógica de la procesión?

F. M.—No hay que olvidar que el papel de las turbas es simplemente hacer de elemento dramatizante de la procesión. Es por ello que su número no ha de ser elevado y podría provenir de las distintas hermandades con dos o tres miembros como tope máximo, perfectamente identificados, pero todo quedaría roto si luego está alcanzado de cualquiera colocarse capisallo.

J. S.—Pienso que hay que atajar mal antes de producirse. Evitando que se beba y lleguen a emborracharse componentes de las turbas.

F. C.—Creo, que si bien no ha de prolongada, sin embargo, la «procesión» es necesaria.

L. C.—Si pretendemos exclusivamente vivir la Semana Santa en



NICOLAS M. SAHUQUILLO: «Me consta que varios miembros de las Turbas repudian los excesos cometidos y están dispuestos a evitarlos».



MANUEL SAIZ: «Se ha llegado al escándalo actual a través de una degeneración del pasado».

# LAS TURBAS, EN LA PICOTA

(VIENE DE LA PAG. ANTERIOR)

religioso, lo más prudente es que nos recogieramos a vivirla en casa.

J. S.—Si sólo se trata en la Semana Santa de presentar un espectáculo turístico, pienso que no tiene razón de ser. Ahora bien, si se trata de edificar con nuestra religiosidad a un turismo que nos viene a ver, la cosa no es mala y en cuanto a las turbas no creo que el problema sea de número, con el consiguiente sentido de armonía y proporción, sino en consonancia a unos valores que es preciso conservar.

L. C.—Parece como si estuviéramos considerando que todos los componentes de las turbas son unos desalmados y puedo asegurarles que toda alteración del anhelado orden procesional proviene, cuando más, de una una o dos docenas de miembros, a los que es preciso reducir para que todo vaya según se debe.

N. S.—Efectivamente, y me consta por opiniones de algunos turbos que

he tenido oportunidad de oír, su repudia a tal degeneración, quedando en eso por qué no tienen autoridad para ser ellos mismos quienes arrojen a los discordantes.

J. S.—A mi ver atajando el mal en el «prólogo» y con la consiguiente advertencia de sanción por las autoridades eclesiásticas y civiles, más la mentalización del pueblo participante, todo iría volviendo al lugar que corresponde.

M. S.—Se trata de que las turbas vuelvan a ser lo que fueron en principio.

L. C.—Creo que no se trata de eso, menos aún cuando todos sabemos que había ciertos intereses al margen de lo religioso o lo típico, por cierto no confesables. Si no me han engañado los participantes eran secundones o guardaespaldas de dos partidos rivales que se vigilaban mutuamente.

F. M.—Todavía más lamentable que

pese a la posible condición desfilarán con más respeto.

Se pretendía de los conquenses una opinión sobre el tema, los asistentes la dieron y hemos creído interesante reproducirla.

---

Se conmemoró el LXV  
años aniversario de la fundación  
del Instituto Nacional  
de Previsión

(VIENE DE LA PAG. 5)

trañables y emocionadas frases de agradecimiento al señor Fernández Royuela, que fueron subrayadas con grandes aplausos.